

nalmente, porque no era yo quien la habia dibujado. El Sr. Lerdo se habia sentido herido en la parte mas viva de su amor propio, y tomaba contra mí aquella atroz venganza. En aquel momento en que el gobernador Othon Perez le daba cuenta de que me encontraba encerrado en un calabozo pestilente, sufriendo la mas cruel de las humillaciones, la mas irritante de las torturas, estaba tal vez restregándose las manos y sintiéndose satisfecho del desquite.

Me contaban entonces, cuando el Sr. Lerdo estaba en el poder, que uno de los goces mas anhelados que este le proporcionaba, era el mal que hacia á sus enemigos políticos á quienes llegaba á profesar mala voluntad.

Por lo comun sus placeres privados, sus ocupaciones oficiales y las confidencias á que se entregaba con sus amigos, no le dejaban tiempo para acordarse de los que le eran desafectos; pero cuando llegaba á fijar su atencion en alguno, de seguro que no volvia á quedar tranquilo mientras no lograba pulverizarlo.

Sea como fuere, y estas eran las reflexiones que me hacia, aquello presentaba el aspecto de una prision en forma, aconsejada por el ódio personal contra cuyo sentimiento se estrellarian todas las influencias que se movieran á mi favor, y convine conmigo mismo en que era necesario resignarme á mi suerte.

CAPITULO XXXIX.

EL CALABOZO NUM. 2.

Con la primera luz me eché fuera del incómodo lecho y fui á pegar la cara en la ventanilla enrejada que estaba en la puerta, un poco mas alta que la estatura ordinaria de un hombre, y desde allí estuve viendo todos los horrores, todas las inmundicias, todas las obsenidades que pasan en el patio de la guardia y que es como la antesala del crimen. Por allí pasan todo el dia y toda la noche los hombres que asesinan y roban, las mujeres borrachas y cuantos perversos ó en via de serlo son aprehendidos en la capital. Por allí pasan tambien en una no interrumpida procesion, los canastos de los desayunos y comidas de los presos y empleados, los abogados y tinterillos que giran asuntos en el juzgado en turno de lo criminal y los parientes y amigos de los que tienen la inmensa desgracia de caer en aquel antro de podredumbre.

Supongo que la época de civilización que ahora alcanzamos habrá tendido una mirada misericordiosa á nuestras cárceles, que por lo comun han sido mejor un infierno que un lugar de detención y seguridad, y que cuando menos se habrá establecido alguna limpieza que haga mas soportable la destructora higiene que en esa vez me estaba allí rodeando por todas partes. Lo mas probable, dada nuestra apatía, es que todo continué en el mismo estado, pues á todos los que estan libres y son felices se les olvida que una parte de la humanidad, por despreciable y viciosa que sea, se encuentra allí hundida materialmente en el fango.

Si la pestilencia del cuarto en que estaba apenas podia soportarse, la que llegaba á la ventanilla, del patio y de los inmediatos comunes, me causaba náuseas cada vez que prolongaba mi permanencia allí por mas de un cuarto de hora.

El único consuelo que tenia entonces era contar las horas, pues que sabia que una vez trascurridos tres días tenia que cesar toda incomunicación segun la ley fundamental, que se encontraba, al menos era lo que decian los periódicos ministeriales, en su mas pleno vigor.

Estaba en mi punto de observación cuando fué cambiado el centinela y entonces pude oír distintamente que el saliente dijo al entrante:

—La orden es no dejar que se aproxime nadie á hablar con este preso.

Pero el que se quedó tenia una cara muy risueña y cuando vió que nadie lo observaba, me dijo:

—¿Tiene el patron un realillo para su centinela?

—Anoche me dejaron en la alcaidia sin un centavo, le contesté, pero tendré dinero dentro de un momento que me llegue el desayuno.

El mozo que lo traía no se hizo esperar en efecto, le ví entrar desde la ventanilla, se lo dije al centinela y éste me hizo saber con disimulo:

—Un empleado de la alcaidia tiene que traerlo.

Pasados treinta ó cuarenta minutos, que á mi me parecieron muy largos, se presentó el de las llaves, un hombre asqueroso, con las barbas crecidas y sucias, con las manos negras, con el semblante pálido y desagradable, abrió la puerta y delante de mí, despues de colocar la canastilla en el suelo, sin decirme una palabra, levantó la servilleta y comenzó á hacer el registro mas minucioso.

Quise al principio oponerme, pero me dijo con tono brusco que era la orden; y tuve que contemplar cruzado de brazos aquella iniquidad.

Recogió unos periódicos, un rollo de papel blanco, un tintero, unas plumas, un lápiz, un cortaplumas y solo consintió en dejarme un libro que tambien venia allí, despues al sacudirle con cuidado para que no se quedara dentro ningun papel.

—No me han escrito? pregunté.

—Sí, pero en la alcaidia se quedó la carta, porque está vd. incomunicado.

Me dejó el desayuno, echó de nuevo los cerrojos y se alejó, pero por mas apetito que yo tuviera, ¿cómo iba á probar lo que habia manoseado delante de mi aquel

hombre asqueroso? Además, ya todo estaba frío, y tenía mi revuelto desayuno unas trazas nada provocativas. Dí unos cuantos tragos de leche, bebí agua de un botellon que no se había tocado y ese fué por entonces todo mi alimento.

Una vaga esperanza me hizo despedazar el pan y en una pieza encontré dos pesos en monedas menudas que se habían colocado allí con mucho cuidado en la misma panadería. Fué un momento para mí de suma satisfacción porque se burlaba el espionaje y porque tenía elementos para proporcionarme algo de lo que necesitaba aunque fuera con muchos trabajos.

Salté luego á la ventanilla y dije al centinela:

—Aquí tiene vd. la pesetilla que me pidió.

—Un realillo dije.

—Bueno! pero yo le doy una pesetilla, porque necesito que me haga un pequeño servicio.

—Cual!

—Comprarme con esta otra pesetilla dos ó tres pliegos de papel de escribir y un lápiz tajado.

Reflexionó un momento y me contestó:

—Tendrá vd. lápiz y papel luego que me releven.

Entretenido á poco con la lectura del buen libro que tenía ya como mi único compañero en el calabozo, no atendí al relevo, pero el centinela siguiente dió dos golpecitos á la puerta, pasado algun tiempo, acudí y por la rejilla me entregó el papel y lápiz que había encargado.

Entónces ya más tranquilo de espíritu, tendido bo-

ca abajo en el colchon y sirviéndome el libro de mesa, me puse á escribir el original para llenar la parte que me faltaba del número siguiente del *Padre Cobos*.

La luz era muy escasa, pero pronto me acostumbé á ella, y pude leer y escribir, dividiendo entre la lectura y la escritura las horas que quedaban de la mañana mientras me llegaba la comida, que estuve esperando con sobresalto.

Llegó al fin el llavero con el porta-viandas é hizo á mi presencia el correspondiente registro, no llevándose más que los cuchillos, que fué lo único que encontró sospechoso. Desenvolvió los periódicos y los sacudió lo mismo que las servilletas, volviéndolos á dejar en su sitio.

Apénas corrió los cerrojos, me lancé al secreto que tanto conocia en el aro del porta-viandas inmediato á la lumbre y apareció allí un papel muy bien doblado. Era una carta de mi familia en que se me decia que mis amigos estaban ya moviéndose para conseguir mi comunicacion; que habia un escrito de solicitud de amparo para luego que se venciera el plazo constitucional, si nada se obtenia con las diligencias particulares; y que se sabia ya bien en el público que no habia contra mí ninguna acusación fundada, sino que se me tenia en prision en castigo de la última caricatura que habian calificado los hombres del poder como sangrienta. El gobernador habia ofrecido que al día siguiente me permitiria hablar con las personas de mi

familia exclusivamente, en presencia de un empleado de policía.....

Todo eso me sirvió de consuelo y ya pude comer con algun apetito.

Contesté la carta, hice mis encargos y acomodé aquella en el secreto del porta-viandas con los originales que habia estado escribiendo para el *Padre Cobos*.

Muy pronto se acabó la luz por la tarde y como no se me permitia tener vela, comenzó para mí la noche desde las cuatro ó las cinco, en que ya no podia ver ni pegado enteramente á la rejilla.

Al día siguiente por la tarde fuí llevado á la inspeccion y allí me encontré á mi mujer y á mis hijos: á nadie más se permitió que estuviera presente mas que á un empleado, segun el anuncio de que ántes hablé.

En las dos horas que pasé allí estuve respirando un aire que me pareció del cielo, sin que faltara oportunidad, en un descuido del vigilante, para que pasara á mis bolsillos un tintero cerrado, plumas, papel, dinero y todo lo demás que podia hacerme falta en la prision.

Desde ese momento quedaron mejor establecidas mis relaciones con el exterior.

No solamente trascurrieron los tres dias sino algunos más sin que se me levantara la incomunicacion, y cuando íbamos en el sétimo ó en el octavo, sin que se hubiera echado mano del recurso de pedir amparo que el mismo juez aconsejó que se desechara como ineficaz, cuando más entregado estaba á mis trabajos de redaccion, se abrió repentinamente la puerta y apa-

recieron dos empleados. Yo me quedé de una pieza. Inmediatamente se apoderaron de todos mis papeles y útiles de escritorio que ya formaban bulto, y despues de una rigurosa inspeccion, se llevaron hasta el libro cuya lectura era el mejor calmante de mis amarguras.

El golpe me vino desde muy arriba: se habia ordenado que no se me permitiera escribir absolutamente, y cuando se vió que el periódico seguia apareciendo con el mismo estilo zumbon, se vino á tener casi la seguridad de que yo lo seguia redactando, sin que quedara conseguido el objeto principal de la prision. Esto lo comprendí en el acto, y tuve que revestirme de toda calma, para esperar pacientemente la oportunidad de volverme á surtir poco á poco de los objetos que necesitaba para volver á dejar establecida mi redaccion.

Mi familia seguia obteniendo, aunque con grandes dificultades, permisos escritos para verme dos ó tres veces á la semana, hasta que vinieron á completarse 29 dias de aquel encierro, sin que se hubiera conseguido quitarme la pluma de las manos. Me dí mañãs para tener ocultos todos mis útiles debajo del colchon sobre el cual fingia estar durmiendo á todas horas, y por la noche encendia una vela de cera que tenia bien enrollada, haciendo mi trabajo principal entre las dos y las cinco de la mañana, que eran las horas en que todos, generalmente hasta los centinelas, se entregaban al sueño. Para mayor precaucion, cubria la rejilla con mi capa, y la vela la colocaba en un silla; que tenia

cuidado de cubrir por todas partes, de suerte que el cuarto parecia sumido en la más profunda oscuridad.

En este tiempo se habian desarrollado grandes acontecimientos: la revolucion habia hecho progresos en la frontera, en Puebla y en Jalisco, presentándose formidable en Oaxaca, en donde fueron derrotadas algunas partidas del gobierno, hasta venir á librarse la batalla de Epetlan, cuyos resultados se comunicaron como el rayo, dándoseles proporciones colosales.

Al dia siguiente, esto es, cuando completaba treinta dias de calabozo, y cuando ya comenzaba á habituarme á aquella vida, verdaderamente infernal, se me dió aviso de que iba á cambiar de prision. Un ayudante de la Inspeccion se me presentó á los cinco minutos, el cual me dijo secamente:

—Sígame vd.

Me sacó á la calle, me hizo subir en un coche, cuyo pescante estaba ocupado por un gendarme y por el cochero, y dijo á éste en tono breve:

—A Belem.

Hubo otra época en que este nombre me hizo temblar, me parecia que ir á Belem era ir al mas abominable de los presidios, que no habia mas grande humillacion para un hombre honrado, que llevarlo á confundirse con los criminales de la peor realeza; pero en esta ocasion debo confesar que me sonó casi dulce al oído aquel nombre. Belem era el purgatorio, segun lo habia oido decir, ¿pero acaso no salia yo del infierno? ¿Podrian existir calabozos en el mundo, mas hedion-

dos, mas insalubres, mas sombríos, mas negros, mas infames, que aquel que acababa de dejar?

Mi guardian no me habló una palabra en todo el camino, ni yo le dirigí ninguna tampoco: me parecia innoble hasta fijar la vista en esa clase de reptiles.

Llegamos á la cárcel de Belem, bajamos del carruaje, se abrió la pesada puerta de la entrada delante de nosotros, se corrieron los cerrojos y me ví en frente de una sucia balaustrada, en donde habia unas mesas mas mugrientas todavia, y unos empleados con caras patibularias, escribiendo en unos libros llenos de borrones.

El oficial entregó un papel á uno de ellos que lo puso á un lado, y siguió escribiendo: cuando concluyó sin levantar siquiera la cabeza, dijo al otro con imperio:

—Tome vd. razon de ese preso.

El ayudante se fué sin despedirse, y me dejó entregado á mis nuevos verdugos.

El escribiente tomó nota del papel, en que estaban probablemente mi nombre y mi delito, y despues de un gran rato, durante el cual estuve esperando de pié á que se decidiera de mí, dijo el que hacia de subalterno:

—Ya está.

Dió una ojeada al libro el superior, y luego preguntó á un hombre muy desgarrado que estaba allí tambien esperando, y en el cual no me habia fijado:

—El número 2 es el que está desocupado?

—Sí Señor.

—Pues llévalo allí.

Y cuando ya nos alejábamos dijo en alta voz:

—Vá incomunicado.

Subimos, y fui encerrado en el segundo cuarto de la derecha, al principio de una estrecha galería. Mi nuevo cuarto era oscuro, sucio, indecente, pero espacioso, Recibía luz por una alta ventana llena de rejas de fierro.

No había ni un mueble y empecé á dar vueltas.

Ahora verá el lector cómo supe luego que estaba en medio de dos vecinos importantes. A mi izquierda Maclovio Escalante. A mi derecha el Cristalito.

CAPITULO XL.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS.

Probablemente mis vecinos de los calabozos que tenía al lado, sintieron que se había abierto la puerta dando entrada á uno de sus compañeros de cuenta con quien podían entenderse, porque empezaron á dar golpecitos en las paredes divisorias. Al principio no tuve humor de fijarme en esto, pero como observé que asomaba la punta de una bayoneta por un agujerito, practicado cerca del piso en el calabozo de la izquierda, me agaché á ver lo que aquello significaba, el instrumento introducido se retiró y me encontré con un ojo asomado al otro lado.

—Yo soy, me dijo aquel preso que estaba pegado al agujero, Maclovio Escalante, para servirlo.

—¡Ah! exclamé recordando que aquel nombre no me era desconocido.

—Y ahora en la mañana, agregó, salió de ese cuarto Chucho el Roto, que se lo llevaron para Veracruz.